



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DON AGUSTIN DE ITURBIDE

El Libertador de México vió la primera luz en la ciudad de Valladolid, que dos y medio siglos antes había sido fundada por uno de sus antepasados Don Juan de Villaseñor de Orozco, antepasado también del párroco de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla. El niño Agustín nació en la casa que aún se conserva en el mismo estado que entonces, el 27 de Septiembre de 1783, del matrimonio de Don Joaquín de Iturbide y Arregui y de Doña María Josefa Arámburu Carrillo y Villaseñor. En los primeros días de su existencia sufrió un accidente que por poco le cuesta la vida, pues hubo un incendio en la pieza donde estaba su cama, y sus padres consideraban que sólo de una manera providencial se había salvado. Concluida su instrucción elemental, entró al Seminario de su ciudad natal á estudiar gramática latina; pero como una carrera académica no colmaba sus ambiciones, prefirió dedicarse á la milicia.

En 1798 y á la edad de quince años, entró al servicio de las armas en la clase de alférez en el Regimiento de infantería provincial de Valladolid, que mandaba el conde de Casa Rul.

El año de 1805, se enlazó con Doña Ana María Huarte, de una familia notable, y a poco tiempo marchó con su Cuerpo al Cañón que en Jalapa formó el virrey Iturrigaray. Allí oyó por primera vez hablar de

independencia, aunque por entonces la idea no hizo mella en su espíritu. Vuelto á Morelia fué invitado por García Obeso, el Padre Santa María y Michelena á tomar parte en la conspiración que allí se tramaba; pero se negó á ello á causa de que no creyó formal aquel intento y de que por entonces estaba dedicado á negocios que debían aumentar su capital. Tuvo sin embargo noticia de todos los pasos y combinaciones de los conspiradores y aun por un momento las autoridades lo creyeron modado en la trama, como lo demuestra el hecho de que fuera llamado á declarar y diera los nombres de las personas á quienes había visto reunirse, sin decir, sin embargo, para qué se reunían. Don Miguel Hidalgo, invocando las relaciones de parentesco que entre ambos existían y ofreciéndole un alto puesto militar, también lo invitó á unirse á los que iban á pelear por la independencia, pero Don Agustín se negó una vez más.

Cuando estalló la revolución de independencia con el grito dado en Dolores el 16 de Septiembre de 1810, por el cura de aquella población, Don Miguel Hidalgo y Costilla, Iturbide con treinta hombres salió de Valladolid y se reunió á las fuerzas de Don Torcuato Trujillo, que aguardaban al ejército de los independientes para disputarles el paso en el fragoso terreno de las Cruces. En esta memorable acción fué donde por primera vez se batió el joven oficial como el mejor veterano, y por su valor mereció elogios de sus jefes, y fué ascendido á capitán de una compañía del batallón provincial de Tula, pasando al Sur á servir á las órdenes de García Ríos. Por enfermedad vino á México, y se salvó por este incidente imprevisto de haber perecido, como su jefe, á manos de los insurgentes. Primero marchó á Valladolid, y luego á Guanajuato, como segundo del comandante general García Conde. En todos los encuentros y acciones reñidas se señaló; y él fué quien capturó á Albino García, que fomentaba allí la revolución. Todos sus grados y ascensos los alcanzó en el campo de batalla, y en poco tiempo fué nombrado Coronel del Regimien-

to de Celaya. Situó Iturbide su cuartel general en Irapuato, y pronto organizó la defensa de San Miguel, Chamacuero y San Juan de la Vega, y mandó fusilar muchos insurgentes en todas estas expediciones. Acudió por orden del Virrey al socorro de Valladolid, que atacaba á fines de 1813 con todo su ejército Morelos; por mandato de Llano fué á hacer un reconocimiento á la posición enemiga con 360 hombres, la mayor parte de caballería, y no sólo se contentó con lo prevenido, sino que atacó el campo de Morelos, defendido por 20,000 hombres acostumbrados á vencer, y por 27 cañones, y en la carga llegó hasta el centro enemigo y estuvo á punto de hacer prisionero al jefe contrario. Siguió el combate en la noche, y después de destrozarlos, los dejó batiéndose entre ellos mismos, motivado todo por la confusión que introdujo, y al fin se desbandaron, abandonando el campo.

En seguida acompañó á Llano al ataque del cerro de Cópore, y á pesar de haber extendido por escrito su opinión sobre el mal éxito que tendría el asalto proyectado por el jefe español, éste lo comisionó para mandar la columna de ataque, pero fueron rechazadas las tropas conforme él lo predijo y á Llano se le hizo un severo extrañamiento.

El año siguiente le concedió el Virrey el mando de las provincias de Guanajuato y Valladolid, y del ejército del Norte, pero varias personas influentes se quejaron de él por excesos de severidad y abuso de su poder; y aunque fué absuelto, se le separó del mando, pues no tenía mucha confianza el Gobierno en los jefes mexicanos; y el obispo electo de Michoacán, Abad y Qusipo, predijo que la fama y victorias de Iturbide podían ser más adelante fatales para la causa de España.

Llegó el año de 1820, y en él se proclamó la Constitución española por un movimiento revolucionario en la Isla de León. Aquella conducta sirvió de ejemplo á las tropas de México, y entonces se empezó á hablar con seguridad de Independencia, y esta opi-

nión comenzó á generalizarse. Iturbide conoció el verdadero estado del país y de sus fuerzas; y con la experiencia que le dieron los primeros caudillos, modificó su proyecto fijando tres bases esenciales: la unión, la religión y la independencia. Con ellas creyó amalgamar todos los intereses, bosquejó un programa que halagaba á todos, daba orden á la revolución, y presentó un plan bien concebido para las circunstancias, llamado de las Tres Garantías, por su autor; lo consultó con personas sabias y prudentes y todas las aprobaron; faltaba únicamente el elemento principal, que era el mando de una fuerza; pero este obstáculo fué vencido pronto, pues no faltó persona que con mucho tino y cautela lo recomendase al Virrey Apodaca, el cual le dió el mando del ejército del Sur, que acababa de renunciar Armiño y que estaba destinado á acabar con Guerrero, único jefe insurgente que quedaba.

El 16 de Noviembre de 1820, salió de la capital con una división de 2,479 hombres y situó su cuartel general en Teloloapan: con mucho tacto comunicó sus proyectos á sus oficiales, á los que en su gran mayoría encontró dispuestos á secundarlo, y creyó fácil tarea acabar con Guerrero y Pedro Ascensio. Pero dos fracasos que sufrieron sus fuerzas, le hicieron ver que la tarea no era tan fácil como creía, y entonces para no perder tiempo decidió atraerse á Guerrero. A pesar de la desconfianza de éste, Iturbide supo manejarse tan bien, que el noble insurgente no tuvo reparo en ponerse á las órdenes del antiguo coronel realista. Aliado así el camino, el 24 de Febrero de 1821, ondeó por primera vez el tricolor pabellón, que es el emblema de nuestra nacionalidad, y á su sombra se proclamó el plan de Iguala, que nos había de hacer independientes. Despachó correos al Virrey y á los principales jefes realistas y durante algunos días, como asombrado de lo que acababa de hacer, permaneció en la inacción, que pudo serle fatal, pues la deserción empezó á mermar sus filas.

Pero pronto entró en actividad: dejando á Guerrero en el Sur, él se dirigió por el ca-

mino de Zitácuaro y Acámbaro al Bajío, y pronto empezó á tener noticias favorables de lo bien que su actitud había sido acogida en la provincia de Veracruz. En Tuzantla fué recibido con aclamaciones y desde ese momento su marcha se convirtió en un paseo triunfal.

En Acámbaro fué recibido también como vencedor; en Celaya y Guanajuato, Bustamante y su ejército juraron el plan de Iguala; Negrete lo aceptó y Cruz huyó á Durango, de manera que todo el Occidente se había declarado independiente sin haberse disparado un solo tiro. En Michoacán, Quintanar abandonó Valladolid y en todas partes la nueva era fué saludada con júbilo por todos los mexicanos que vislumbraban ya la aurora de la Independencia. Del Bajío pasó á Querétaro, donde presenció la famosa acción de "treinta contra cuatrocientos," pasó en seguida á Puebla, para recibir de manos de Llano las llaves de la ciudad; conferenció con el último Virrey que España enviaba, Don Juan O'Donojú, el que en la Villa de Córdoba pactó con Iturbide lo poco que podía hacer aquél por su patria: que el trono de México se reservase para un príncipe español.

En Julio de 1821 estaba concluída la guerra y el pabellón de España sólo ondeaba en la capital, en el Norte, en Ulúa y en algún punto de Veracruz; pero pronto fué desapareciendo de todas partes. Cruz capituló en Durango, Arredondo dejó el gobierno de las provincias internas, y la costa, al fin, se declaró por la independencia; el ejército trigarante engrosado continuamente, se acercó á la capital, donde el gobierno español había desaparecido en medio de un motín militar. Las puertas de México se abrieron al Libertador, y el 27 de Septiembre de 1821, desfiló por sus calles el Ejército de las Tres Garantías, llevando á su frente á Iturbide y á una pléyade de jefes de los nuevos y de los antiguos insurgentes. Con toda razón y rebosando su alma de una alegría que á pocos hombres les es dado tener, Iturbide dijo á la nación "Ya sabéis el modo de ser libres, á vosotros toca señalar el de ser felices."

Desde las desiertas riberas del Oregón hasta las ardientes costas de Panamá, y de uno á otro Océano, medio continente del mundo de Colón, nacía á la vida de los pueblos independientes y con el más legítimo entusiasmo, saludaba á la libertad y á su libertador.

Pero la discordia estaba latente al día siguiente de realizada la Independencia. Iturbide tenía tantos enemigos cuantos admiradores contaba la víspera de realizar tan magna obra. Los diez años de lucha habían roto los vínculos de sujeción, hecho perder el respeto á la autoridad y creado demasiados intereses opuestos para que pudieran amalgamarse y trabajar de consuno en la obra de la reconstrucción nacional; los antiguos insurgentes se consideraron postergados, entre los nuevos había muchos que se inclinaban al sistema republicano y los monarquistas repugnaban la presencia de un Borbón en México. Ignorantes todos de la ciencia del gobierno á causa de que ninguno la había ejercido, pues el antiguo Gobierno virreynal había cuidado de tener apartados á los criollos de todos los puestos importantes, cada uno tenía sus erróneas ideas sobre el mejor sistema de gobierno, se desconocía en lo absoluto la división de poderes y el militarismo, que era el que había hecho la Independencia, imperaba en absoluto y no encontraba rival ni aun en el clero, que tanto había contribuido á la misma obra. El centro de todas estas aspiraciones, divisiones y discordias era el poder, único que había; Iturbide, que á pesar de la Junta Gubernativa y del Gabinete se creía con derecho á legislar y á mezclarse en todo, no por mala fe, sino por esa ignorancia de que hemos hablado. Los mismos que lo acusaban de aspirar á la tiranía no advertían que también cometían actos de despotismo por la misma razón, y la nueva nación iba caminando penosamente.

Entre tanto el pueblo, para el que Iturbide era su ídolo, trataba de glorificarlo siempre que encontraba oportunidad para ello; la masa del ejército, sin contar los jefes, seguía el mismo instinto, y de aquí resultó

que fraternizasen estos elementos para proclamar al libertador Monarca de la nueva nacionalidad y que esta proclamación fuese secundada por el pueblo de las demás ciudades y por la gran mayoría de todos los Diputados, que comprendían, así como aquéllos, que se necesitaba un poder fuerte, unido y prestigiado, para encauzar tantos elementos de discordia como surgían y para conducir por buen camino á la patria que acababa de nacer. Los desaciertos de Iturbide y de todos los que gobernaban, hicieron que ese imperio no fuese viable y que desapareciese con la misma rapidez con que había surgido: el mismo Libertador, guiado por un noble sentimiento de generosidad y creyendo trabajar por su popularidad no quiso que se derramase una sola de sangre en defensa del trono levantado por la gratitud nacional, y abdicó la corona y manifestó su deseo de ir al extranjero, juzgando que una ausencia de algunos meses ó de algunos años sería provechosa para él y para el país.

No se engañaba en sus previsiones, pero no contaba con que la minoría, ó sea sus enemigos, se había de apresurar á aprovechar hasta los instantes de su ausencia y había de votar la ley que lo declarase traidor y que lo pudiese á merced del primer jefe de tropa ó alcalde que lo reconociese al desembarcar. Lo que él creyó que sería un trasunto de la vuelta de la isla de Elba, en él que los pueblos lo aclamarían y en triunfo lo llevarían hasta reinstalarlo en el Palacio Imperial, se convirtió por causa de la previsión de sus enemigos en el camino del Calvario que no tuvo muchas etapas, pues en la primera de ella las balas parricidas le arrancaron la vida en Padilla el 19 de Julio de 1824. Quedaba, sin embargo, su obra: México independiente, pero el encono sectario se había encargado también de negarla y ha trabajado incesantemente para conseguirlo: los liberales de hoy, hijos legítimos de los yorkinos de ayer, se han esmerado más todavía que aquéllos, en hacer desaparecer el nombre del Libertador Don Agustín de Iturbide de la historia de México, y aunque creen haberlo conseguido

atribuyendo toda la gloria á Don Vicente Guerrero, su tarea es vana: sin negar á éste lo que le toca, mientras México exista como nación soberana y entre tanto se vea simbolizada en el tricolor pabellón que significa religión, unión, independencia, el nombre de Iturbide será inmortal y estará grabado en el pecho de todo mexicano.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NOTA.—Las biografías de los señores Alcalá, Calvillo, Camarena, Castellanos, Couto, Crespo, Herrera, Izquierdo, Magos, Oronoz, Peredo, Romero y Velasco, fueron escritas por el distinguido escritor señor Don Elías Amador, que bondadosamente se prestó á ayudar al autor en su tarea, por el poco tiempo de que éste disponía, dada la premura con que se terminó este segundo tomo.